

Prólogo

Soy un hombre que pagó por tener sexo. No es que me hiciera falta, ya ves, pero era la única manera de no acabar bien jodido. Bueno, que me «jodieran» era básicamente el objetivo, pero no en el sentido que me refería antes. En resumen: Pagué una cantidad desorbitada de dinero, dos millones de dólares para ser exactos, para poseer a una mujer durante dos años. Ella era virgen y merecía bien la pena, pero entonces hice lo impensable.

Me enamoré de ella.

Para empeorar más las cosas, descubrí la razón por la que, de entrada, había puesto su cuerpo en venta. Lo hizo para salvar una vida. Yo la compré para echar un polvo. Está claro que yo era el cabrón en la ecuación, pero iba a compensarla aunque muriera en el intento.

Mi nombre es Noah Crawford y esta es la continuación de mi historia.

1

Yo primera

Noah

Alejarme de Delanie Talbot fue lo más duro que tuve que hacer en la vida. Y eso ya era decir bastante si teníamos en cuenta que había sido el responsable de la muerte de mis padres y posteriormente había heredado una compañía multimillonaria, el Loto Escarlata, que dirigía junto a mi enemigo mortal, David Stone.

David había sido una vez mi mejor amigo hasta que volví de un viaje de negocios y me lo encontré tirándose a mi chica, Julie, en la bañera. No hacía falta decir que Julie ya no era mi chica. Una paria, sí, pero mi chica, no. Todos esos sucesos me habían llevado sin darme cuenta hasta Lanie. Todavía no tenía muy seguro si debía estar resentido o feliz sobre ese hecho.

Había oído hablar de una organización clandestina que procuraba mujeres para venderlas al mejor postor. Todo era muy ilegal, por supuesto, tal y como debería ser el tráfico de personas, ya fuera voluntario o no. No obstante, estas mujeres accedían a convertirse en la propiedad del ganador de cualquier forma que estos requirieran. Yo puede que no haya confiado en las mujeres tras el fiasco Julie/David, pero era un hombre y tenía necesidades, al igual que cualquier otro hombre. Así que cuando oí hablar sobre la subasta, esta pareció ser la mejor ruta que seguir.

Scott Christopher era el propietario del Foreplay, un club que de cara al público se encargaba de las trastadas que vinieran a hacer los universitarios, mientras que por detrás se llevaban a cabo las subastas.

No me gustaba Christopher en lo más mínimo, pero no había ido allí para hacer amigos. Solo había tenido un único propósito en mente, y yo siempre conseguía todo lo que quería.

Delanie Talbot era una virgen de veinticuatro años. Inmaculada, indómita. Perfecta. Los dos millones de dólares que pagué por poseerla durante dos años fueron, desde luego, una muy buena inversión. Dos años para hacer con ella todas las guarradas que quisiera, como y cuando yo quisiera. Y lo hice. Aunque no había esperado que tuviera cero experiencia con el sexo, me gustó ser yo el que llegara a enseñárselo todo. Era una alumna excelente. Aceleraba el proceso de su educación hasta el punto en que yo mismo pensé que la mujer iba hasta a matarme. Un bonus añadido era que venía armada con una actitud respondona. Pensarás que aquello sería un desencanto. Pero en realidad fue más bien lo opuesto; no había hecho más que ponérmela más dura.

Dimos muchas vueltas y otros tantos cabezazos, pero al final la cosa siempre terminaba con mi polla enterrada hasta el fondo de su delicioso coño y ella gimiendo mi nombre. Yo era un dios del sexo y ella otra diosa; hasta que descubrí que en realidad ella era un ángel y yo, el diablo disfrazado.

Si hubiera sido la mitad de listo de lo que había pensado que era, habría contratado a alguien para que investigara el pasado de Delanie desde el principio. Pero no. Era un cabrón salido sin moral ninguna, de ahí que hubiera comprado a un maldito ser humano.

Al final resultó que Delanie Talbot había llevado a cabo el mayor de los sacrificios. Se había vendido a sí misma para salvar la vida de su madre.

Faye Talbot necesitaba un trasplante de corazón. El problema era que la familia Talbot no se lo podía pagar, ni tampoco tenía seguro médico. Mack, el padre de Lanie, había perdido su trabajo tras haber faltado tanto por cuidar de su mujer. Las empresas estadounidenses podían ser unas cabronas insensibles a veces, preocupándose más de los beneficios que de las personas que eran la razón de que las cosas les

fueran tan bien. Pero lo hecho, hecho estaba. Todo lo que podían hacer era luchar por seguir adelante y aferrarse a la esperanza.

Esa esperanza vino con los dos millones de dólares que pagué por Lanie.

Qué altruista de mi parte. No creo que aquello hubiera sido lo que mi querida madre fallecida, Elizabeth, hubiera tenido en mente cuando comenzó con la campaña benéfica en el Loto Escarlata. Noah sénior tampoco habría aprobado mi decisión en lo más mínimo.

Una vez que descubrí lo que le había hecho a Lanie, supe que no podía seguir con la situación. Me había enamorado de ella. Hasta las trancas. Y aunque casi me matara admitirlo, sabía que tenía que dejarla ir. Ella tenía que estar al lado de su madre, no en mi cama.

Admitiré que no había pensado que en realidad pudiera llevar a cabo esa decisión hasta el final, así que la evadí. Fue la noche del baile de gala anual del Loto Escarlata cuando se colmó el vaso. Primero, Julie se apareció por allí e hizo de las suyas. Estuvo pegada a mí como una lapa y no hubo nada que yo pudiera haber hecho para remediarlo entonces porque los miembros de la junta directiva y los posibles clientes estaban entre los asistentes. Añádele a eso el hecho de que Lanie estuvo flirteando abiertamente con David Stone y ya tienes todos los ingredientes necesarios para producir una catástrofe. De modo que me obligaron a sacar a Lanie de allí antes de que perdiera toda compostura y montara una escenita espantosa de la que nunca sería capaz de recuperarme. Eso era lo que David había esperado que hiciera, estaba seguro.

Lanie y yo discutimos en el camino de vuelta a casa. Bueno, ella discutió. Yo la ignoré. Lo cual solo consiguió enfadarla más. Ella quería que la follara, lo esperaba, porque eso era lo que siempre habíamos hecho. Solo que yo ya no quería. No podía. No después de todo lo que había descubierto. No me malinterpretes, la deseaba. ¡Vaya si lo hacía! Pero ya no podía hacerle aquello a ella.

No obstante, ella no lo iba a dar por terminado. No. Lanie, no. Cuando desdeñé sus insinuaciones, ella salió corriendo de la limusina

y se dirigió a casa toda empapada por culpa de la lluvia. Yo, por supuesto, la seguí, pero se encontraba fuera de sí y soltaba por esa boca cualquier cosa para intentar sacarme de mis casillas.

Dio en el puto clavo cuando me dijo que si yo no iba a follarla, alguien del baile lo haría, y una persona en particular me vino rápidamente a la cabeza. David Stone.

Mi naturaleza posesiva despertó. Lo admito, estaba furioso, pero no fue excusa para lo que hice. La agarré de un modo nada suave y me la follé allí mismo, en la escalera. No me importó si a ella le gustaba. No me importó si estaba incómoda. No me importó nada más que el apoderarme de lo que había considerado mío.

Solo que ella no era mía. Sí, quizá su cuerpo sí que me pertenecía, pero no su alma o su corazón, y esas eran las partes que yo más ansiaba. Esas eran las partes que yo sin darme cuenta siquiera le había dado a ella. Y no le habían costado ni un mísero céntimo.

Tras follármela como un jodido animal, me obligué por fin a confesarle todo lo que le había estado ocultando. Le conté que sabía lo de su madre, y por qué había participado en la subasta y se había vendido al mejor postor. Y por más retorcido que fuera, que yo sabía que lo era, le conté que me había enamorado de ella. Y entonces la dejé allí sin decirle ni una palabra más.

Para mi completo asombro, Lanie vino hasta la ducha en mi busca. Imagina mi sorpresa cuando en vez de cortarme las pelotas, me pidió que le hiciera el amor, que le dejara ver lo que se sentía al ser amada por mí. Solo una vez. Eso fue todo lo que quiso. Y yo le habría dado cualquier cosa que me pidiera, así que por supuesto que le di mi corazón sobre una bandeja de plata. Muy cliché, pero cierto.

Supe mientras le hacía el amor, mientras le desnudaba mi alma, que esa sería la última vez. Aun sabiéndolo, me las arreglé para apartar aquello de mi mente y para reverenciarla del modo en que debería haberlo hecho desde el primer día. La amé completa y libremente, con toda mi alma y mi ser. Ya no cabía ninguna duda de cómo me había sentido con respecto a ella, de cómo todavía me sentía hacia ella.

La quería. Joder, no. La amaba.

Después ella señaló lo obvio, que teníamos que hablar. Pero yo ya sabía todo lo que ella iba a decir, así que me adueñé de la noche y simplemente la abracé. Sabía que sería la última vez que podría hacerlo.

A la mañana siguiente, tuve que hacer acopio de toda la fuerza que pude para abandonar la mesurada serenidad de la cama. Tenía que hacerse. Así que le acaricié el cuello con la nariz y besé con suavidad la piel desnuda de su hombro antes de susurrarle un último «te quiero» al oído. Ella se removió y sonrió, todavía dormida, lo que no hizo más que ponerme más difícil apartarme de su lado, pero de algún modo lo logré.

Me duché rápido y me vestí incluso más deprisa. Pero cuando salí, allí estaba ella, mi nena de dos millones de dólares, más guapa de lo que nunca hubiera pensado antes. Había querido hablar, pero de nuevo yo ya sabía de qué iba la cosa y no creía que fuera capaz de soportar escucharla decir las palabras. Así que hice lo correcto.

Rompí el contrato en dos y le dije que se fuera con su familia. Y entonces obligué a mis temblorosas piernas a que me alejaran de ella. Ella no me siguió ni intentó detenerme, tal y como debería haber hecho. La fantasía que había intentado comprar se había acabado y ya tocaba volver al mundo real.

Mientras la limusina se incorporaba al tráfico, me negué a mirar de nuevo hacia la puerta principal. No quería no verla allí. Ya era bastante duro saber que no estaría en casa cuando volviera. Quizá llegara el día en el que la chica pensara en mí y no me odiara con todo su ser. Quizás hasta me sonriera con cariño. Quizá, pero no contaba con ello. Siempre y cuando fuera feliz, lo demás no me importaba.

Y así me encontraba en la limusina, solo y muriéndome por dentro. Me centraría en la única otra cosa que me había ayudado a superar todas y cada una de las tragedias de mi vida: el Loto Escarlata.

Lanie

Mientras veía la limusina desaparecer de mi vista, algo me invadió por dentro. Esperaba que fuera derrota, agonía, traición o aflicción, pero no fue nada de eso.

Rabia. Rabia y más rabia.

¿Cómo se atrevía? El imbécil con su estúpida casa enorme, su estúpido ego enorme y su estúpida arrogancia creía saber qué era lo mejor para mí. Dijo que no iba a funcionar, pero no creí que lo dijera en serio. Vi sus ojos. Lo estaba matando. Entonces, ¿por qué hacerlo? ¿Por qué pasar por todo lo que pasó anoche antes de demostrarme lo que sentía por mí para luego dejarme en cuanto tuviera la menor oportunidad de salir por patas? Porque tenía problemas de control, por eso. Bueno, él no me podía decir qué o qué no hacer. Ya no era una de sus empleadas. El trozo de papel hecho trizas que había desechado en la cama había puesto fin a ese contrato.

Desechado... al igual que yo.

Iba a decirle que yo también lo quería, que dejara de ser tan absurdo, pero no había habido suerte. Antes de que me dejara abrir la boca para pronunciar las palabras que iban a demostrarle lo contrario, el loco del control me mandó a tomar viento.

No era justo que él hubiera podido decir todo lo que quiso cuando yo no había podido hacerlo. O sea, sí, podría haber repetido su declaración en pleno culmen de pasión, pero esa pasión había sido muy épica y apenas había tenido tiempo siquiera de acordarme de respirar, mucho menos de ser capaz de decir nada que sonara mínimamente coherente y entrañable. Además, sí que pensé de verdad que tenía todo el tiempo del mundo para contarle cómo me sentía. O sea, ¿hola? Le había dicho que me llamara Lanie, por el amor de Dios. Y además tampoco quería que pensara que estaba diciendo esas dos cortas palabras solo porque él las había pronunciado antes. Quería un momento aparte para gritarlo a los cuatro vientos y para que no dudara de mi sinceridad, porque una declaración de tal magnitud era muy seria.

Pero ya estaba más que preparada para dar el salto. Por él, por mí... por nosotros.

Pero entonces tuvo que irse y estropearlo todo con esas chorradas de hombre primitivo.

Los tíos eran unos gilipollas.

Pero al menos yo podría hacer algo por mi gilipollas, porque en realidad no tenía nada que perder si le hacía frente. Iba a hacer que me escuchara, lo quisiera él o no. Iba a quedarle claro que lo quería y se sentiría como un completo capullo por haberme dejado del modo en que lo había hecho. Porque iba a ir hasta aquella pija oficina suya para exigir que me prestara atención. Iba a ver lo equivocado que estaba por haber asumido lo que le había dado la gana y nunca más volvería a sacar conclusiones precipitadas. Yo lo había dejado todo por salvar la vida de mi madre moribunda y tenía una voz que se moría por hacerse escuchar. Si de mí dependía, todo por lo que había pasado desde que entré en el mundo de Noah Crawford no iba a ser en vano.

Resignada con ese plan, me giré sobre mis talones y volví a adentrarme en la casa con los hombros bien atrás y la cabeza bien alta. Tras darme una ducha rápida y una vuelta por el país de las maravillosas ropas inapropiadas de Polly, me vestí y cogí el móvil de la mesa antes de salir.

Estaba bastante impresionada conmigo misma mientras bajaba las escaleras a la carrera porque evité de nuevo que me partiera el cuello o que me abriera la cabeza. Cuando llegué a la planta baja, oí aparcar un coche. Tendría que ser Samuel, que ya había vuelto de dejar a Noah, y pensé que los astros se debían de haber alineado porque fue de lo más oportuno.

Pero entonces pegaron a la puerta con insistencia y gritaron: «¡Lanie Marie Talbot, sé que estás ahí! ¡Saca ese culo gordo de la cama y abre la puerta!»

Esa era mi mejor amiga, Dez.

Corrí hacia la puerta y la abrí de un tirón justo cuando Dez estaba a puntito de volver a pegar con el puño. Para una chica era bastante

fuerte. Por suerte no me dio en toda la frente; no necesitaba parecer un unicornio cuando fuera a enfrentarme a Noah.

—¡Dez! —grité a la vez que sorteaba su puño.

Ambas retrocedimos un paso y nos inspeccionamos.

—¿Qué mierda llevas puesto? —gritamos al unísono.

—¡Yo primera! ¡Me debes una Coca-Cola! —grité al mismo tiempo que Dez gritaba: «¡Yo primera! ¡Me debes una cola gorda. Un buen rabo!»

Cada vez que jugábamos a este juego, yo nunca conseguía la Coca-Cola. Dez, sin embargo, siempre conseguía su cola gorda... y sin mi ayuda.

Dez iba vestida de negro de la cabeza a los pies. Bueno, en su mayor parte. Llevaba unos vaqueros ceñidos negros, un jersey de cuello alto y unas botas negras de piel de serpiente. Un cinturón con el diseño de una calavera en la hebilla adornaba el centro de sus caderas, y llevaba una gorra negra con otra calavera bordada justo encima de sus perfectas cejas.

Plaqué a mi mejor amiga, la rodeé con mis brazos y le atrapé los suyos a sus costados.

—¡Ay, Dios! ¡Te he echado mucho de menos!

Hasta no tenerla frente a mí no me había dado cuenta de cuánto.

—¡Suéltame, Hulka! Joder, ¿qué te están dando de comer aquí? ¿Esteroides? —preguntó intentando deshacerse de mi agarre.

La solté y reparé en que mi abrazo probablemente había estado a punto de haberle roto los huesos. Me aparté y la invité a entrar.

—¿De qué va ese modelito de *Misión imposible*?

—Te voy a sacar de aquí. —Se giró para examinarme una vez más con una sonrisa aprobatoria—. El novio te ha comprado trapitos, ¿eh? Mírate con ese diminuto vestidito rojo, Guarra McGuarretona. —Entonces de pronto ahogó un grito y abrió los ojos como platos—. ¡A ti te han follado pero bien! ¡Suelta prenda!

Sentí cómo mi rostro se ponía rojo.

—¿Qué? ¡No!

—¡Sí, Lanie Talbot! No te olvides de con quién estás hablando. Creo que conozco esa cara de me-la-acaban-de-meter-hasta-el-fondo.

Me moría de ganas de soltárselo todo a mi mejor amiga, pero necesitaba llegar hasta Noah y la aparición de Dez me estaba reteniendo. Y hablando de...

—Espera, ¿a qué te refieres con que me vas a sacar de aquí?

—Me refiero a que cojas tus cosas y a que nos vayamos. Estoy en una misión secreta para liberarte de la prisión de esclava sexual —dijo, y luego miró en derredor con la boca abierta—. Aunque de verdad que no veo cómo podrías llamar a esta quehí una prisión. ¡Es un puto palacio!

—Vale, en serio. ¿Por qué estás aquí y cómo supiste dónde estaba? Dez puso los ojos en blanco.

—Dijiste que Noah Crawford te compró, y al principio no caí en la cuenta, pero luego la verdad me golpeó como a una puta que acabara de recibir una guantada de su chulo en un callejón oscuro: Noah Crawford del Loto Escarlata. ¿Cierto? O sea, ¿cuántos Noah Crawford puede haber en el mundo, y mucho menos en este rincón del país, con suficiente dinero como para soltar dos kilos para tener a su propia *ob-sí-papi-dame-tu-leche* personal? —preguntó con todas sus estupendas habilidades de actriz porno de películas de serie B.

—Sí, pero eso no explica por qué estás aquí, insistiendo en sacarme de aquí. Estoy bien. Y en serio, en realidad no es como si fuera una prisionera. Noah me trata muy bien.

Mi mejor amiga respiró hondo y suspiró.

—Tengo que decirte algo, cariño —comenzó.

Ella nunca me llamaba *cariño* a menos que estuviera a punto de contarme algo duro para mí. El corazón se me subió a la garganta e intentó salirseme por la boca.

—Faye se ha puesto peor. La han ingresado en el hospital universitario y han llamado a la familia. Le prometí a Mack que te llevaría. No pinta bien, nena.

Justo entonces la puerta principal se abrió y Polly cruzó el umbral.

—¡Buenos días, Lanie! —me saludó con su habitual voz jovial, como si todo mi mundo no se hubiera puesto patas arriba apenas unos segundos antes. La sonrisa desapareció inmediatamente de su rostro cuando vio mi expresión—. Ay, Dios. ¿Qué pasa?

El pecho se me oprimió como si una anaconda lo estuviera asfixiando para luego tragárselo entero.

—Noah tenía razón. Mis padres me necesitan más que él.

David

La cabeza me dolía. Me dolía como si una viga se me hubiera caído encima desde un vigésimo piso. O quizá fuera más una de esas arañas de luces del *Titanic*, o, joder, hasta el mismísimo *Titanic*.

Y la boca me sabía a mierda.

Abrí uno de mis párpados y evalué los daños. Normalmente cuando me despertaba así, siempre había una o dos, quizás hasta tres putas de las que tenía que deshacerme rápidamente antes de que se volvieran demasiado empalagosas.

Menos mal que estaba en mi oficina del Loto Escarlata solo. Supongo que esa puta de Julie había pillado la indirecta cuando le dije que se perdiera de mi vista. Al menos pensaba que le había dicho que se perdiera. Recordaba haberme follado su culo, porque sí, tenía que volver a revivir los recuerdos. Una pena que Crawford no hubiera estado allí para verlo. La expresión de su cara cuando vio que Julie era mi acompañante para el baile no había tenido precio, aunque no tanto como podría haber sido. No me extrañaba, porque el cabrón suertudo había tenido a la señorita Delanie Talbot colgando de su brazo. Debería decir probablemente que ella era la que lo había tenido a él colgando de su brazo, literalmente. Esa esclava que llevaba en la muñeca lo había dicho todo: la había marcado como propiedad suya. Y eso no hacía más que corroborar el hecho de que yo tenía que poseerla. Solo necesitaba poner en orden mi plan de juego. Tras nuestra instructiva conversación la noche anterior, era obvio que ella tenía sentimientos

por mi ex mejor amigo. Pero aunque no los tuviera, echarle el guante a una mujer como Delanie Talbot iba a llevarme más que unas cuantas promesas vacías y una cuenta bancaria hasta los topes. Como era de esperar, eso fue todo lo que hizo falta con Julie.

Me estiré y sentí gruñir en protesta cada glorioso músculo de mi cuerpo perfecto. Una cosa estaba más que segura: el cómodo sofá de cuero que había importado desde Italia no estaba haciendo una mierda por mi espalda. Haber follado demasiado en toda mi corta existencia sí que me la había jodido bien. Pero bueno, mientras fuera bueno dando los orgasmos, iba a seguir haciéndolo. Los míos, no los de ellas.

Eh, yo nunca les di ninguna garantía.

Deseé que la cabeza me dejara de palpar a la vez que me sentaba y me estiraba algo más, esperando que algunos de los tirones y los calambres en el cuello y en la espalda desaparecieran. Joder, me dolía todo. La cabeza empezó a darme vueltas, pero tras un momento o dos pude ser capaz de hacer que el suelo dejara de moverse durante el tiempo suficiente como para ponerme en pie. Poniendo un pie delante del otro, llegué haciendo zigzag hasta el baño —debo admitir que todavía estaba un poco borracho— y cogí el botecito de calmantes que guardaba en el armarito. Tras meterme uno en la boca, y después otro por si acaso, abrí el grifo del agua fría y bebí de las manos.

Cuando me miré en el espejo me sonreí a mí mismo. Cualquiera otro cabronazo que hubiera pasado la misma noche que yo habría tenido un aspecto deplorable, pero no yo. Yo siempre estaba guapo. Cogí el cepillo de dientes que dejaba allí, porque tenía una dentadura de lo más preciosa que había que mantener así, y les saqué brillo a mis perlas antes de meterme en la ducha. Después de secarme, me dirigí hacia mi armario personal para sacar ropa limpia. Sí, tenía un ropero allí.

La ducha me había espabilado un poco, lo cual era perfecto porque tenía una cita muy importante que no podía perderme y necesita-

ba estar despejado. Una mirada a mi Rolex me hizo saber que todavía tenía tiempo de sobra.

Me sorprendí, por decir algo, cuando salí de la oficina y vi a Crawford bajando del ascensor. Él gimió también cuando me vio a mí. Me tomé ese gemido como un cumplido, un punto claro a mi favor. Quizá yo no fuera la persona más fácil con la que llevarse bien cuando se estaba en el bando contrario, pero ese hecho servía a mi propósito. Cuanto más miserable me viera, más probabilidades tenía de que por fin cediera y me diera su mitad de la compañía solo para poder alejarse de mí. Así que si Noah se ponía en el punto de mira, podrías apostar lo que quisieras a que yo le dispararía.

—Es domingo, Crawford. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo trabajo que hacer —dijo mientras sacaba la llave de su oficina.

Estaba claro que iba a mandarme a paseo, pero no podía dejar que lo hiciera antes de que me hubiera divertido un poco.

—Te fuiste pronto anoche, pero no te preocupes. Les expliqué a los miembros de la junta directiva y a los clientes que tenías a un rico bombón reclamando tus atenciones —dije con suficiencia.

Él sabía lo que eso significaba: le había cortado los huevos y se los había devuelto en una bolsa de papel. Punto para el equipo local. Su desatención hacia ellos me dio ventaja en este pequeño juego al que jugábamos para tener todo el control.

Él se mofó y sacudió la cabeza.

—Y hablando de ella... es toda una bruja esa Delanie. ¡Guaaaau! —me jacté—. Vaya boca tiene, también. ¿Qué fue lo que me llamó? —pregunté golpeándome en la barbilla mientras recordaba sus palabras—. Ah, sí. Una rémora. Parece que piensa que tu polla es más grande que la mía, lo que puede o no ser verdad, pero no fue ningún problema para tu otra puta subirse al tren exprés de David Stone, ¿verdad? Por supuesto, a diferencia de Julie, Delanie fue rápida a la hora de defender a su hombre. Y lo sentía de verdad, sí. Me vendría bien tener a alguien como ella en mi lista de objetivos.

¡Bingo! Ese comentario le había dado donde más dolía.

El odio destelló en sus ojos. Error número uno: cuanto más se preocupara por ella, más la quería yo. Redujo la distancia que nos separaba en menos de una milésima de segundo y me estampó contra la pared con su antebrazo pegado a mi garganta. Error número dos: una agresión en la oficina solo añadía un arma más a mi arsenal.

—¡Mantente alejado de ella, cabrón! ¿Me oyes? —dijo echando humo. Sus palabras salieron con dificultad de entre sus dientes apretados mientras me señalaba a la cara con un dedo—. ¡Mantente alejado de ella! Esta es tu sola y única advertencia, Stone. Juro por Dios que te mataré con mis propias manos.

Error número tres: amenaza terrorista. Puede que necesite conseguir una orden de alejamiento, ya sabes, porque temía por mi vida y demás y no debería estar sujeto a un ambiente de trabajo tan hostil.

Le dediqué una sonrisa ganadora porque lo tenía justo donde quería. Era justo la clase de reacción emocional de la que siempre le había advertido a la hora de encariñarse de una mujer. No estaba jugando bien, no pensaba con claridad, y estaba claro que no tenía ni idea de que me había dado toda la munición necesaria para emboscarlo y robarle su orgullo y su felicidad. El Loto Escarlata sería mío.

Su teléfono móvil sonó. Por un momento pareció como que no iba a cogerlo, pero entonces maldijo para sí y se apartó. Yo recuperé el flujo de aire que atravesaba mi tráquea. Hice todo lo que pude para ocultar la tos mientras me masajaba el cuello y él respondía a la llamada. Crawford no era un gallina. Supe que si alguna vez nos veíamos envueltos en un altercado físico, sería un enemigo formidable, pero ni de coña iba a dejárselo saber.

—¿Qué? —ladró al aparato.

Yo lo ignoré y me dirigí hacia el ascensor porque, francamente, ya me había aburrido de él. Ya tenía lo que necesitaba y todavía seguía teniendo una cita, así que...

—Polly, frena el carro. ¿Quién?... ¿Dez? ¿Quién coño es Dez?... Mierda, no... Ay, Dios, no. ¿Dónde está?... No, no, no pasa nada.

¿Universitario?... Vale, cálmate. Llamaré a Daniel, él trabaja allí... Sí, ve... Solo ve a estar con ella, Polly.

No tenía ni idea de qué iba esa conversación unilateral, pero bueno, como ya he dicho, me la sudaba bastante. Mientras el ascensor hacía *ding* y las puertas se abrían, él me volvió a mirar brevemente y luego se separó el teléfono de la oreja.

—Lo que he dicho va en serio, David. Mantente alejado de ella —me advirtió de nuevo.

—Ah, sí. Claro. Tienes mi palabra.

Lo saludé burlón mientras las puertas se cerraban. Él sabía que no podía hacer nada, y menos ahora, con la crisis por la que lo había llamado esa pesada. Lo que me dejaba el camino bien abierto para que yo me ocupara de los asuntos que me atañían.

Abajo, en el garaje, me subí a mi Viper rojo y encendí mi estéreo personalizado antes de salir del parking derrapando y haciendo chirriar los neumáticos. Todos los ineptos medios de transporte que había en la carretera delante de mí se apartaron como el Mar Rojo para dejarme pasar. Era plausible que eso solo se debiera a que el tráfico era normalmente escaso los domingos por la mañana temprano, pero me gustaría pensar que era porque era un puto dios tras el volante de esta pieza de artesanía magistral.

—Eso es, cabronazos... hacedle espacio a la genialidad.

Aparqué en los aparcamientos del Foreplay, un lugar bastante popular entre los universitarios para festejar, y un lugar con un gran negocio que se había mantenido perfectamente en secreto abajo. Tan abajo como que estaba bajo el suelo. Putillas e idiotas arriba, y putas de verdad y magnates abajo. Era la infraestructura perfecta.

Me dirigí hacia la puerta trasera y di dos golpes rápidos en ella y seis a ritmo de los latidos de un corazón. Inmediatamente después, Terrence abrió la puerta.

—¡Señor Stone! Justo a tiempo, como siempre —mintió con con-

vicción. Había llegado al menos veinte minutos tarde, pero como he dicho, el tiempo se paraba para David Stone—. Entre, entre.

Me adentré en la oscura entrada y respiré hondo.

—Oh, el dulcísimo olor a coño y a dinero por la mañana —canturreé—. ¿Hay una combinación mejor?

—Por supuesto que no. —Él se rió y me dio una palmada en la espalda—. El señor Christopher le está esperando.

—Por supuesto. Me sé el camino —dije dibujando una sonrisa digna de los Oscar.

Él asintió y se quedó a lo suyo al tiempo que yo recorría el pasillo hasta llegar a la oficina de Scott y entraba sin molestarme en llamar siquiera a la puerta. Scott estaba de espaldas en la silla, fumándose un canuto. La mercancía del día estaba expandida sobre su mesa junto a algunos paquetes del último envío que todavía no había distribuido a sus traficantes.

—Eh —me saludó perezosamente.

Sus ojos eran apenas unas rajitas a través de los párpados entrecerrados mientras soltaba el humo de la maría.

Cerré la puerta y me quité la chaqueta antes de asentir en dirección a las rayas blancas de nieve que había preparado en un pequeño espejo rectangular.

—¿Has empezado la fiesta sin mí?

—Solo pensé en preparar una muestra de antemano.

Se irguió y apagó la colilla de su porro en el cenicero de cristal que había en la esquina de su escritorio, y luego empezó a reorganizar los libros de contabilidad que tenía frente a él.

Scott Christopher era mi socio, aunque yo básicamente me mantenía en la sombra. El Foreplay le pertenecía a él, pero yo le proporcionaba el apoyo financiero y la mayoría de la clientela para su negocio del tráfico. Dos tráfico, para ser exactos: sexo y drogas. El Loto Escarlata era mi mayor fuente de ingresos, pero la subasta y la cocaína inflaban mis bolsillos. Y bastante, debía añadir.

Que les jodieran a esos chuloputas y camellos *amateurs* que había

en la calle. Aquello no era más que unos intercambios entre estúpidos. Nosotros proveíamos a la élite.

Aunque yo había invertido de un modo sólido en sus transacciones, la única razón por la que Scott era capaz de atraer a los ricos y a los poderosos era por mí. Las chuches nasales eran el enganche de muchos de los adinerados, y yo mismo me incluía entre ellos. Un empresario como Scott nunca sería capaz de acercarse a hombres del mismo calibre con los que yo me asociaba. Muchos de los almuerzos de negocios y de los tratos con clientes y posibles inversores para el Loto Escarlata me proporcionaban un pequeño margen de acción que explotar. La promesa de la discreción era lo que llevaba a los peces gordos a picar el anzuelo. Una vez que probaban la mercancía ya no había vuelta a atrás. Solo se las apañaban para ir a más tras aquello; se aseguraban de tener un coño para satisfacer sus necesidades de cualquier forma que sus corazones pervertidos quisieran. Teníamos algo para todos.

La guinda del pastel era que yo conocía todos sus secretos. Les sonreía en sus caras, les estrechaba las manos, les daba palmaditas en la espalda. Pero al final, los apuñalaría por detrás si alguna vez me veía entre la espada y la pared. La necesidad de tener contratos implicaba un rastro en papel, pruebas de su escandaloso comportamiento. Fueran lo arriesgados que fueran esos documentos, nuestros clientes los consideraban una responsabilidad a la que merecía la pena someterse a cambio de la mercancía. Yo lo consideraba una apuesta infalible para estar en el equipo David cuando moviera ficha y reclamara el Loto Escarlata como propio.

Adoraba mi puta vida.

—¿Y cómo van los números con nuestro otro negocio?

Colgué mi chaqueta en el perchero y me acerqué para probar yo mismo la muestra de coca.

Me doblé sobre la mesa, cogí la pajita, me llevé uno de los extremos a la nariz y el otro lo puse al comienzo de una de las rayas preparadas. Tras haberme tapado con un dedo el otro orificio nasal, cerré

los ojos y me esnifé el polvo blanco de primera calidad. Aunque lo sentí como arena fina a través de la nariz, el corte era tan puro que no me quemó, solo sentí un entumecimiento inmediato y un colocón que haría que Súper Ratón se sintiera como el Increíble Hulk.

Abrí los ojos despacio a la vez que la sensación se desplazaba a toda pastilla a través del resto de mi cuerpo.

—Joder, sí. Tenemos aquí mierda de la buena.

En un día normal me sentiría como si pudiera comerme el mundo. Tras haberme esnifado un poco de caspa del diablo sabía que no solo podía comerme el mundo, sino el universo entero también. Los ricos y los poderosos anhelaban esa sensación, y se volvían adictos a ella. Dada nuestra clientela, no era de extrañar que nuestro negocio de la cocaína, que era tan sumamente productivo y rentable y tenía un éxito tan grande, fuera la envidia de los traficantes callejeros de todo el mundo.

Tomé asiento y apoyé los pies en una esquina del escritorio de Scott. Él pareció irritado, pero no diría una mierda.

—Así que... ¿cuáles son los números de las subastas?

—Espectaculares, gracias a la virgen del grupo, pero eso no es nada comparado con las otras noticias. —El rostro se le iluminó con una sonrisa sinuosa—. Tengo información interesante para ti.

Yo arqueé una ceja porque estaba actuando como un hombre que de pronto conocía todas las respuestas de la vida y que estaba a punto de hacerme una oferta que no podría rechazar.

—¿Ah, sí? Cuéntame.

—¿Y si te lo enseño directamente?

Abrió el cajón inferior de su escritorio y sacó una carpeta de papel manila que deslizó sobre la mesa.

Yo me reí entre dientes cuando vi el nombre de Delanie Talbot escrito en rojo sobre la etiqueta.

Prácticamente podía ver esa sexy sonrisa de suficiencia pintada en su cara en el baile del Loto Escarlata cuando me mandó a la mierda. Me ponía duro. Sabía que aquello había estado pasando de boca en

boca entre clientes y sus colegas, así que me entró la puta curiosidad de conocer la razón por la que Scott tenía una carpeta con el nombre de mi futura conquista en ella. La abrí y escaneé el único documento que había dentro.

Una sonrisa de satisfacción se estampó en mi cara cuando leí lo que parecía ser un contrato que prometía dos años de la vida de Delanie a un tal Noah P. Crawford.

—Hostia puta... Noah, Noah, Noah —chasquéé la lengua.

—Pensé que te gustaría —dijo Scott con autosuficiencia.

—¿Por qué no me dijiste que esto iba a suceder?

—No sabía que estaría aquí. Es listo. Cuando llamé, lo hizo de forma anónima. No quería dar su nombre, solo un número y se interesó por algo muy particular. Una virgen. Francamente, pensé que nunca volvería a oír de él, porque las probabilidades de encontrar a una virgen lo bastante desesperada como para poner su inocencia en el menú oscilaban entre cero y ninguna. Y entonces Delanie Talbot —dijo mientras hacía un gesto con la mano hacia la carpeta que yo tenía agarrada como si fuese el puto Santo Grial, porque lo era—, firmó ese mismo día para participar en la subasta.

»Lo llamé, y él me dijo que podría presentarse a la subasta y que debería reservarle una habitación por si acaso. Imagínate mi sorpresa cuando fue Noah Crawford el que entró por esas puertas.

—Sí, me imagino.

Me reí al ver la firma de Noah devolviéndome la mirada, justo al lado de la de Delanie.

Cerré la carpeta y la volví a deslizar por la mesa. Me llevó todo y más hacerlo, pero al menos sabía dónde estaba el contrato y tenía acceso a él a cualquier hora. Scott no me lo daría nunca para utilizarlo en mi conquista y chantajear a Noah para que me cediera su mitad del Loto Escarlata. Sería demasiado arriesgado para el resto de su negocio. Para todo aquello: las subastas y la cocaína. Eso sin mencionar que sus proveedores y los poderes involucrados en cada aspecto se pondrían nerviosos si pensaban que Scott se había vuelto un descuidado y

sus oscuros actos estaban en peligro de ser aireados al mundo. Era mejor no espantarlos.

Solo tenía que ocurrírseme la forma de utilizar esta información recién descubierta a mi favor sin caer yo también en el proceso.

—Si decides decirle a Noah que lo sabes, mantén mi nombre alejado de tu boca —dijo Scott guardando la carpeta de nuevo en su escritorio—. Y si él lo averigua, será mejor que te asegures de decírmelo para que pueda hacer limpieza en casa. Lo digo en serio, Stone. Esta gente con la que trato no juega bien con otros.

—Te preocupas demasiado, Scotty. Crawford no va a hacer nada que sea desfavorable para él. Además, estoy bastante seguro de saber cómo conseguir lo que quiero sin hacerte caer a ti en el proceso.

No estaba seguro de que mi plan funcionara, pero lo importante era que había ganado por fin. Lo que había ocurrido entre Noah y yo esa mañana en la oficina era mi palabra contra la suya. Y aunque habría tenido un caso válido y habría disfrutado completamente ensuciando su nombre, no tenía ninguna manera de demostrar lo que había ocurrido. Pero ¿esto? Eso no podía negarlo. Lo tenía todo por escrito.

El Loto Escarlata ya era prácticamente mío.